



OCTAVIO PAZ: TESTIGO DE NUESTRO TIEMPO



Ribeiro da Silva

*El “místico” visitado, el lírico
de violencia sublime, y también
un contemporáneo combativo*

Claude Roy¹

El gran poeta y ensayista mexicano, ese “incesante explorador del espacio de las culturas y de las épocas del saber”, como le califica además el autor del epígrafe, fue galardonado el pasado mes de diciembre con el premio Tocqueville, otorgado por el Instituto de Francia.

Entregado con anterioridad a figuras como Raymond Aron y Karl Popper, entre otros, *este* premio se propone distinguir “obras que proyectan ideales humanitarios”.

En el caso de Octavio Paz, es patente el fundamento que prueba esa atribución. Las ideas referidas aparecen claramente en la obra del poeta de *El laberinto de la soledad* (1950), libro fundamental donde polariza todo el esfuerzo del poeta por descubrir el alma mexicana a través de la historia de su país y se esboza, hasta cierto punto, una tentativa por dilucidar la condición humana: “*El laberinto de la soledad* es un ejercicio de imaginación crítica: una visión y, simultáneamente, una revisión. Algo muy distinto de un ensayo sobre la filosofía de lo mexicano es una búsqueda de nuestro supuesto ser. El mexicano no es una esencia, es una historia... Mi libro es un libro de crítica social, política y psicológica... Es una descripción de ciertas actitudes, por un lado, y por otro, un ensayo de interpretación histórica”.²

Dotado de una vasta cultura y de una rara agudeza de espíritu, el pensador, en Octavio Paz, retoma en los ensayos, por la reflexión y por el análisis, la ocasión de ir al encuentro del poeta en la magia comunicativa de su verdad un momento para el canto. La temática filosófica que aflora en toda la obra lírica va siendo, asimismo, explicada a través de experiencias vitales de aquel que, por su itinerario intelectual, de América a Oriente, pasando por Europa, sabe inclinarse sobre esa “historia profunda del corazón humano” de que nos habla Agustina Bessa-Luis: el tema de la soledad humana, la tensión dialéctica entre esa soledad y la comunidad con los semejantes, el esfuerzo por trascender ese desamparo original mediante el amor y la poesía, la problemática de ser y no ser, la vida y la muerte, etcétera.



Todo eso, siempre vinculado con una concepción específica de la poesía, mirada como una “filosofía fuerte”, como un esfuerzo de trascender, por su secreta metamorfosis, las limitaciones de la experiencia humana.

“El poema debe provocar al lector; obligarlo a escuchar —a escucharse—.” Octavio Paz no disimula su fe profunda en la naturaleza de la poesía en cuanto acto por el cual el hombre se funde y se revela.

Testigo de nuestro tiempo, aquel que Reidy Simons considera, tal vez, “el mayor intérprete vivo de la tradición latinoamericana y de la situación presente”,¹ ostenta, además de eso, en su itinerario, la faceta de combativo participante en las muchas encrucijadas de la historia contemporánea: la defensa de la cultura y de las culturas indígenas, pasando por el aprendizaje decisivo del bautismo de fuego que fue la guerra civil de España, al desenmascaramiento del stalinismo y la crítica tanto del izquierdismo materialista como del castrismo ingenuo de América Latina.

La experiencia vivida después de la guerra civil de España, que fue determinante para la posterior ruptura con el comunismo, le llevó a ver, por fin, “que la historia revela que posee más imaginación y recursos que las filosofías que pretenden encerrarla en sus prisiones dialécticas”.

Con igual frontalidad y coraje Octavio Paz incursiona en el área de la intervención cultural. Esto, como destaca en *El laberinto de la soledad*, haciendo eco de Ortega y Gasset, para intentar salvar “la sustancia de lo que nosotros somos y el sentido de nuestros actos”. Ambos elementos son, en efecto, amenazados por la exasperación de la irracionalidad que margina o banaliza en las sociedades desarrolladas actuales el significado profundo del Mito y de la Fiesta (secular o religiosa), que siempre constituirán la llave para abrir las puertas de la comunidad entre los hombres: “El hombre moderno tiene la pretensión de pensar despierto. Identifica el pensamiento con el estado de vigilia. Mas este pensamiento despierto nos conduce por los corredores del pasado, donde los espacios de la razón multiplican las cámaras de tortura. Al salir descubrimos que tal vez soñábamos con los ojos abiertos. Y entonces recomenzamos a soñar con los ojos cerrados”.⁵

Es entonces cuando también esa “multitud solitaria” de que habla David Riesman, liberada de las tiranías del cálculo, de la producción y del lucro desenfrenados, iba descubriendo con naturalidad y ardor los largos caminos de la comunión y de la fiesta, de la alegría y de la invención, de la participación y de la solidaridad.

Un tiempo original, siempre soñado a lo largo de los siglos, podrá tal vez surgir en nuestra historia. Un tiempo propiciatorio de mayor integridad y plenitud humana. Un tiempo liberador de nuestros límites para que la poesía asuma su papel exaltante: “Yo no escribo para matar el tiempo/ ni para revivirlo/ escribo para que me vi va/.../ tiempo y belleza son lo mismo.”⁶

Para reanimar ese sueño de un proyecto más humanista y trascendente, el Instituto de Francia aporta ahora su piedra al premiar a un escritor fecundo y universal. Un escritor que, por vicisitudes de la propia vida, religa de algún modo a Occidente y a Oriente.



Resta que nos dejemos calentar al fuego de su inteligencia y a contagiarse por la cordialidad que emana de su discurso, esparcido por la obra lírica y por la ensayística, para que el verdadero amor por la poesía no sea marginado de la sociedad moderna.

Tanto por la fuerza del canto poético como por la sutileza del discurso reflexivo, nos parece que coincide Octavio Paz, en la profundidad de su visión sobre los espacios de la cultura, con aquello que tan incisivamente nos recuerda el aforismo de Agustina Bessa-Luis: “El amor, no una temperatura, es todo el fundamento de una cultura. Es una forma de impertinencia sagrada; un repudiar a todas las creencias que envuelven la destrucción de ese secreto inmenso que es el ser humano”.

Cuando el amor deja de ser esa forma de impertinencia sagrada, fundamento insustituible de una cultura, acontece fatalmente la destrucción del secreto inmenso que es el ser humano; así en la historia el tener ha provocado el hartazgo. Como lo pretendía mostrar también, a su modo, Luis Buñuel en el film *La edad de oro* sobre el destino del amor en el mundo moderno.

Es Octavio Paz quien recuerda en la entrevista ya indicada que concede a *Caravelle* por los 25 años de la primera edición de *El laberinto de la soledad*, que al llamar la atención para el acto del cineasta español, tiene pensado utilizar como subtítulo de el filme una frase del *Manifiesto Comunista*: “La frase de Marx es, en español, un alejandrino perfecto: *En las aguas heladas del cálculo egoísta*. Eso es la sociedad. Por eso el amor y la poesía son marginales”.⁸

Es imperioso, por eso, agitar las aguas y dejar de habitar ingenuamente las palabras, como lo hace este testigo de nuestro tiempo, Octavio Paz, para que no sobrevengan el vértigo y los pasadizos de la historia a bloquearnos “ese lado del tiempo donde la luz inaugura un reino feliz”, como lo expresa el galardonado con el Premio Tocqueville.

Traducción: Eduardo Vázquez Martín

¹*La fleur du temps*, Gallimard, París, 1988, p. 203.

²*Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien (Caravelle)*, Universidad de Toulouse-Le Mirail, n. 25, 1975, pp. 171 y 174.

³*Aforismos*, Guimares Editores, Lisboa, 1988, p. 130.

⁴*Perhaps the 15th Greatest Living of Latin American Tradition and Present Situation*, en *Philosophy Today*, vol. xxvi, núm. 3/4, 1982, p. 235.

⁵Octavio Paz, *Le labyrinthe de la solitude, suivi de critique de la pyramide*, Gallimard, París, 1972, p. 179.

⁶Octavio Paz, *Salamandra*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1972, p. 43.

⁷*Op. cit.*, p. 66.

⁸*Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien (Caravelle)*, p. 179.